



Remodelación del Palacio de Bellas Artes

Antonio Toca Fernández

DESPUÉS DE 75 AÑOS SE REALIZÓ UNA AMPLIA REMODELACIÓN del Palacio de Bellas Artes que, por el alcance y la importancia de esas obras, fue cerrado temporalmente. Antes se habían hecho reparaciones a las cúpulas exteriores y se construyó el estacionamiento subterráneo, la plaza principal y las dos fuentes laterales. Sin embargo, fuera de tareas de mantenimiento, no se habían realizado obras importantes dentro del edificio.

Los juicios contra la remodelación del Palacio se han dado a conocer públicamente desde que fue reabierto en noviembre de 2010. Sorprende que se concentren en aspectos muy específicos; la mayoría en la Sala de Teatro —como lo denominaba su primer creador, el arquitecto Adamo Boari— y que no se mencionen las mejoras que se realizaron en otras áreas del Palacio. De manera que criticar sólo una parte del edificio es juzgarlo parcialmente. Debido, quizá, a que se desconoce que la transformación más radical fue —desde 1932— en el proyecto original del Teatro Nacional, cuando el edificio se dividió y fue transformado en uno de los primeros centros multifuncionales en el mundo. Por eso las críticas o elogios deberían considerar la diversidad de usos e instalaciones de todos los espacios del edificio, y no sólo referirse a la sala de espectáculos.

En un informe, publicado en 1934, el escritor José Gorostiza reveló: “en vez de concluir el Teatro Nacional, se ha construido en realidad un



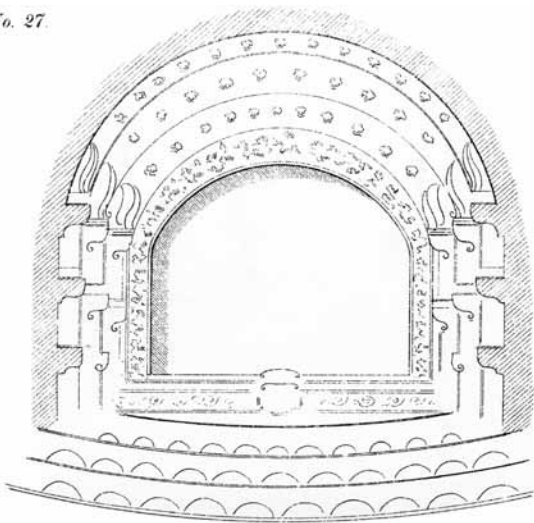
Ilustraciones tomadas de *Informe preliminar para la construcción del Teatro Nacional* [facsimil], Adamo Boari, México, INBA, 2004

edificio nuevo [el Palacio de Bellas Artes] como sede de una institución autónoma de servicio social tendiente a rehabilitar y vivificar el arte mexicano en todas sus manifestaciones y de promover su rápido desenvolvimiento”. Gorostiza aclaró además que el secretario de Hacienda, Alberto J. Pani, tuvo la idea “de hacer del Palacio de Bellas Artes el asiento de una institución nacional de carácter artístico [el Instituto Nacional de Bellas Artes] que diera cabida en ella a un Museo de Artes Plásticas, con una sala de conferencias anexa y una sala de exposiciones temporales; a un Museo de Artes Populares y a un Museo del Libro y Biblioteca”. Finalmente, aclaró que se decidió “dividir en dos edificios el actual Teatro Nacional, a fin de lograr su mejor aprovechamiento. Estos edificios serían el Palacio México, destinado a exposiciones, fiestas y ceremonias oficiales, congresos, etc. y el Teatro Nacional propiamente dicho”.¹

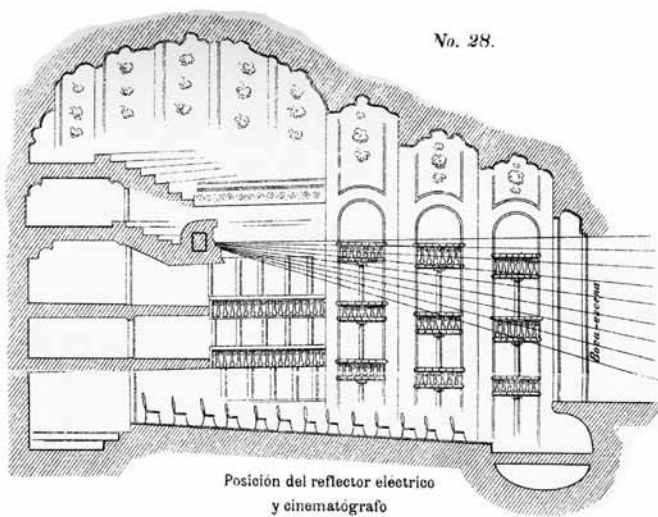
Esa transformación permite entender que el edificio, desde su inauguración, tiene funciones muy diversas. No sólo es un teatro o una sala de conciertos; tampoco es un edificio para ópera, y ciertamente no es una sala de exposiciones o un museo. Sin embargo, por muchos años ha realizado todas estas funciones y, además, fue sede inicial de las oficinas del INBA (1947).

Por eso, los juicios sobre la reciente remodelación realizada por el INBA deberían analizar —con pruebas objetivas— cómo los espacios, las

¹ Urquiaga, Juan, *La construcción del Palacio de Bellas Artes*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1984, pp. 347-350.



Boca - Escena del futuro Teatro Nacional
México



No. 28.

Posición del reflector eléctrico
y cinematógrafo

instalaciones y los equipos del Palacio se mejoraron o deterioraron. Es evidente también que cualquier remodelación requiere de cierto tiempo para que las nuevas instalaciones funcionen adecuadamente, con los ajustes y cambios que sean necesarios. Si todo esto no se considera y las críticas se concentran sólo en la sala de espectáculos, se juzgará a ese espacio como si fuera todo el edificio y serán —por ello— opiniones injustas.

La sala de espectáculos

Quien visita el Palacio de Bellas Artes experimenta una extraña sensación: por fuera el edificio tiene una imagen, y en el interior otra muy distinta. De hecho, son dos edificios diferentes tanto en materiales, como en funciones. El primero, diseñado por Adamo Boari, fue el Teatro Nacional y tenía un vestíbulo con grandes escalinatas para ver y ser visto, una sala de conciertos,

grandes salones, y un espacioso escenario con sus áreas de apoyo; el segundo, terminado en 1934 por Federico Mariscal, modificó drásticamente los interiores y las funciones del edificio original y —al inaugurarse— ya era el Palacio de Bellas Artes. La sala de conciertos se amplió y transformó en una sala de espectáculos, y en el espacio para camerinos se colocaron después oficinas para el INBA. Se modificó la escalinata central y el vestíbulo que, con una altura impresionante de 40 metros, se ha convertido eventualmente en capilla funeraria. A su lado se instaló un restaurante y un bar; arriba el gran salón de fiestas se transformó en la Sala Nacional; el lateral, en la Sala Manuel M. Ponce. La plaza principal se destruyó al continuarse la calle 5 de mayo y las plazas laterales se convirtieron en estacionamientos.²

Es curioso que, a pesar de que se modificó radicalmente el uso del edificio, aún se crea que la sala que diseñó Boari sólo es de conciertos cuando —desde que se inauguró— cumple funciones muy diversas. En ella se realizaron, en los 3 últimos años, 955 actividades: 522 de danza; 234 de música; 127 conferencias, congresos o premiaciones; 68 funciones de ópera y 4 de teatro. Estos datos revelan que es una sala de espectáculos por la diversidad de actividades que tiene y por las instalaciones que requiere.

Asombrado por las fuertes críticas de algunas personas ante el resultado de la remodelación visité el Palacio con la sospecha de que se cometieron graves errores. Pude entrar a muchos lugares que no están abiertos al público; vi y oí ensayar a la orquesta; subí,

² *Ibid.*, pp. 229-293.

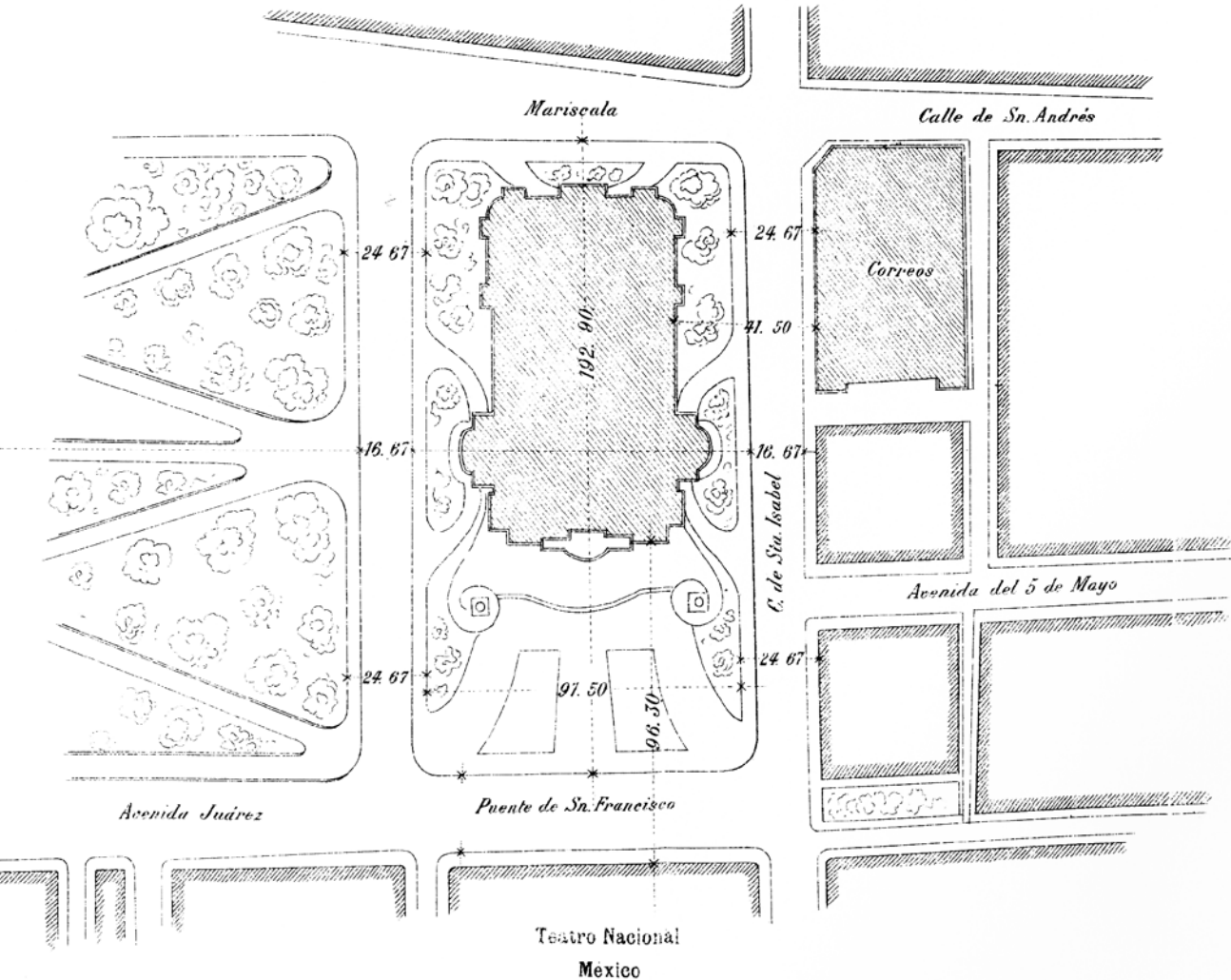
bajé y pude verificar que la remodelación fue más amplia de lo que se conoce y que, en la sala, se intentó mejorar la visibilidad y la acústica, aunque es difícil cumplir con cada uno de los requerimientos de una sala con usos tan diversos. Se eliminó la inclinación del escenario; toda la maquinaria del piso y de los telones de la tramoya es nueva, más eficiente y segura, al igual que la instalación eléctrica y de iluminación, dentro y fuera de la sala. En la planta baja se amplió la distancia entre las nuevas butacas y atrás se eliminaron asientos para construir una cabina de iluminación y sonido que se improvisaba, antes de la remodelación, al retirar butacas centrales. Como la sala tiene mayor volumen que una de conciertos, se diseñó una nueva concha acústica y se instalaron 350 bocinas cuyo tamaño y cantidad es cuestionable. Se aumentó el área del foso

de la orquesta; se eliminó la segunda fila de sillas en los palcos laterales y se quitaron las luminarias colgadas y se colocaron nuevas. Además, se restauró el vitral central de Gezá Maróti y el mural de la boca escena.

El Palacio transformado

Trataré ahora sobre la transformación más grave que se ha hecho —a plena vista del público— y a la cual no se le ha dado atención en las críticas recientes. Me refiero a la actual Sala Nacional. Diseñada como salón de fiestas, en 1934 se transformó en una sala de exposiciones temporales para obras de arte. La sala principal tiene dos más pequeñas, cinco terrazas hacia avenida Juárez, dos hacia las calles laterales, y una triple altura rematada por una bóveda corrida. Es un espacio grandioso y significativo, al que se ingresa pasando por





los dos grandes murales de Rufino Tamayo. Durante mucho tiempo se presentaron en él numerosas muestras de escultura, grabado, dibujo y pintura de grandes creadores nacionales y extranjeros.³

Sin embargo, desde hace años, esos generosos espacios llenos de luz y con vistas excepcionales fueron modificados. Como no hay suficiente espacio en las paredes para colgar los cuadros, se colocaron temporalmente mamparas sobre los ventanales y, como lo temporal termina siendo definitivo, se tapiaron después los veintún ventanales, y se bloqueó la salida a las terrazas, que tienen ocho esculturas. Así, el gran salón se transformó en un cajón sin luz natural, y nadie ha protestado. El pretexto fue que las pinturas se dañaban con el sol y que se debía asegurar su conservación. La propuesta original de *presentar el arte mexicano en todas sus manifestaciones* ha sido reducida a exponer —temporalmente— pinturas. Los responsables invocarán las ventajas de su control total: sin luz solar, sin aire

natural, sin humedades y sin la molesta presencia de humanos: el *síndrome* de Drácula.

Esa transformación, que cualquiera puede comprobar, alteró la función original de la sala, bloqueó sus vistas, la iluminación natural y los balcones. Nada justifica que la Sala Nacional se convirtiera permanentemente en un espacio oscuro que ya se extendió a la Sala Diego Rivera, en donde se tapiaron seis columnas forradas de ónix y se bloqueó también la terraza. Esa es la modificación más perjudicial que se ha hecho; y es necesario denunciarla. Las obras recientes no intentaron que esas salas volvieran a su estado original; aunque se recuperaron los dos plafones laterales que habían sido tapiados. Es necesario valorar que por fin se decidió remodelar el Palacio de Bellas Artes, incluidas sus piezas laterales, y que es mejor tener ahora un edificio con instalaciones nuevas y modernas. Sin embargo, es urgente que el INBA recupere la función y características originales de la Sala Nacional y permita la presentación de estudios y propuestas que mejoren el funcionamiento de este valioso Palacio. ■■

³ *Ibid.*, pp. 268 y 283.